CASTELLS BRISA



David Monnet

El Secreto de los Yámanas

MIQUEL CASTELLS BRISA

EL SECRETO DE LOS YÁMANAS

Nº 3

Vision Libros

© Obra: David Monnet III. El secreto de los Yamanas

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Septiembre, 2011

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-361-5

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

A mi hijo MIQUEL,
que me inspiró para escribir esta novela

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de 40 años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama bien merecida de mujeriego, amante de la buena

mesa y entendido en vinos; disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal que le permite ser una autoridad en sus investigaciones, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras llenas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

INTRODUCCIÓN

Océano Atlántico, año 1584. Cuatro barcos con bandera española llegan a las costas de Tierra del Fuego, habían zarpado, junto con otras diecinueve naves más, de Sanlúcar de Barrameda el 25 de septiembre de 1581, enviadas por el rey Felipe II con la misión de construir dos ciudades fortificadas en la costa del estrecho de Magallanes para proteger a los navíos españoles de los ataques del corsario inglés Francis Drake.

Durante la travesía del Atlántico, los motines, enfermedades, tempestades y naufragios, fueron la causa del hundimiento de la mayor parte de la flota.

De un total de 3000 personas, entre hombres y mujeres, sólo quedaron 516, que llegaron exhaustas a la boca del estrecho donde, en un páramo seco y azotado por el viento, fundaron la ciudad de Nombre de Jesús. Al poco tiempo, la falta de ropa adecuada y provisiones diezmaron una buena parte de la población.

Un grupo de supervivientes comandados por el capitán Heredia, una noche de primavera, partió en dirección norte llevando consigo seis arcones repletos de doblones de oro que el rey de España había dado en pago para todos los marineros participantes en la expedición.

Durante su marcha, fueron perseguidos por un grupo de indios Yámanas, que los hostigaron durante todo el trayecto hasta acorralarles en una especie de península, cuyo frontal daba a un muro inmenso de hielo de grandes proporciones que les impedía el paso.

Buscando un sitio donde refugiarse, encontraron una cueva donde deposita-

ron la valiosa mercancía y dispusieron la defensa frente al ataque de los indios.

Hubo un gran enfrentamiento entre los dos bandos y, en el momento álgido de la lucha, se oyó un gran estrépito y toda una masa enorme de hielo se desplomó sepultando a todos y cegando la entrada de la cueva.

Sólo dos hombres se salvaron de la catástrofe; por un lado, Kaipú, jefe de los Yámanas, que regresó a su tierra, y por el otro, el capitán Heredia, que se dirigió hacia el norte.

Eso sí, ambos, y a su manera, tomaron nota del lugar donde quedaron enterrados sus compañeros y el tesoro.

CAPÍTULO 1

Año dos mil ocho, provincia argentina de Misiones.

Estaba trabajando en las ruinas del convento jesuita de San Ignacio, intentando descifrar unos escritos que hacían referencia a la trata de esclavos efectuada por el gobierno portugués con el beneplácito de España durante los tiempos en que Sudamérica pertenecía a estos dos países.

Compartía una casa con una muchacha de raza india, cuya profesión era la de guía turística y, aunque cada uno disponía de su espacio vital, cuando coincidíamos, ella no paraba de colmarme de atenciones y servicios. Limpiaba la casa, hacía la comida y pro-

curaba en todo momento que no me faltara ninguna cosa, quizás hasta el punto de hacerme sentir agobiado.

Sin embargo, durante el tiempo que hacía que estaba allí, apreciaba mucho su compañía. Tanto, que cuando acabé mis investigaciones la invité a cenar en un restaurante de categoría.

El lugar escogido fue el hotel Panoramic. Ella, por su parte, se tomó el día libre para poder guiarme a una excursión por las Cataratas del Iguazú que, a pesar de tenerlas al lado, no había tenido oportunidad de visitar.

Estuvimos todo el día admirando aquella maravilla de la naturaleza, primero, por el lado brasileño; después, por el argentino.

Ella, a pesar de estar acostumbrada a verlo cada día, se impresionó al estar encima de la Garganta del Diablo.

Por la tarde, nos mojamos totalmente cuando la canoa que nos llevó a dar un recorrido por el río se colocó casi debajo de los saltos de agua. De regreso, fuimos recordan-

do, entre carcajadas, todos los hechos graciosos que nos habían ocurrido, desde el susto que nos dio un jacaré (cocodrilo) cuando se acercó demasiado a la pasarela donde lo observábamos, hasta aquel chorro de agua que cayó encima de mi cabeza.

En casa, como estábamos acostumbrados, nos turnamos en la utilización del cuarto de baño. Después, cada uno en su habitación, se vistió con ropa adecuada para la celebración.

En un comedor iluminado suavemente y en una mesa decorada al mejor estilo francés, nos sirvieron unos filetes de suribí (pescado de río de gran tamaño) con salsa meunière, que acompañamos con un vino blanco de Río Grande do Sul. De postre, un sorbete de piña al ron.

Y acabamos la velada tomando una caipirinha en un amable bar, mientras a ritmo de piano y ante su tristeza por mi despedida, le juré que volveríamos a vernos muy pronto.

CAPÍTULO 2

Estaba preparando mis maletas, cuando sonó el timbre de la entrada. Elisa, mi compañera de piso, fue a abrir.

— Buenos días, ¿está el señor Monnet?

—Un momento, por favor. ¡David!, ha venido una señora, por cierto, muy guapa, que pregunta por ti.

—Dile que ahora mismo estoy con ella —al llegar al recibidor, pude certificar que el análisis de mi amiga había sido muy acertado.

Era alta, pelo largo de color caoba oscuro recogido a modo de cola. Calculo que andaría por los treinta y pico años de edad, de

cuerpo bien formado que procuraba realzar mediante prendas excesivamente ceñidas que definían una cierta tendencia al exhibicionismo. Al verme, puso la expresión como si nos conociésemos de toda la vida. Vino a mi encuentro mientras me tendía la mano.

—¿Señor David Monnet? Me llamo Rebeca y hacía tiempo que quería verle. Desde que mi marido habló con el señor Delacroix, he sentido la curiosidad de venir a conocerle.

—¡Y bien!, espero no defraudarla, aunque desconozco el motivo de su visita; pero viniendo con la referencia que tiene, sin lugar a dudas, se tratará del encargo de algún trabajo fuera de lo normal. Pero, por favor, pase y siéntese, ¿quiere tomar una copa?

—¿Puede ser un Martini con vodka?

—Por supuesto —afirmé—, yo tomaré otro, aunque no acostumbro a beber a hora tan temprana. ¿Y qué desea de mí? —le pregunté mientras le servía la copa.

—Verá, señor Monnet, mi marido quiere contratarle para que le ayude a encontrar el lu-

gar donde se hallan unos cofres procedentes de España y cuyo contenido es de un gran valor.

—¿Y de dónde ha sacado esta información?

—Se trata de una historia muy larga que, sin lugar a dudas, mi marido le sabrá explicar mejor.

—¿Dónde está él?

—En estos momentos, seguramente, revisando el ganado en la estancia (rancho) que tiene en Córdoba, pero me ha enviado a mí para recogerle.

—¿Qué le hace suponer que aceptaré el trabajo? Piense que esta tarde parte mi avión de regreso a España y ya dispongo del billete.

—No se preocupe, cuando vea lo valorados que están sus servicios, se felicitará por quedarse. Éste es mi número de teléfono, si no me llama para decir lo contrario, pasaré a buscarle sobre las ocho de esta tarde. ¡Adiós, señorita! —se despedía de Elisa mientras ella misma cerraba la puerta del piso.

—No aceptarás el trabajo, ¿verdad? —dijo mi compañera al verme tan pensativo.

—¿Por qué no?, en este momento estoy libre y no veo ningún motivo para negarme, además, ¿qué problema hay?

—¿Problema? A simple vista ninguno, pero mi intuición me dice que puedes correr algún peligro.

—Bueno, lo que sucede es que esta señora no te ha caído bien de entrada. ¿Tal vez estás celosa?

—Vale, quizás sea eso, pero pediré que me adelanten las vacaciones y te acompañaré.

—De ningún modo —le dije—, no quiero tener que preocuparme por ti.

Estuvimos discutiendo sobre el tema durante toda la tarde, pero al final aceptó mis explicaciones, no sé si por convicción o por cansancio.

CAPÍTULO 3

Tenía mi equipaje en la puerta. Elisa se había ido a comprar, no era amante de despedidas. Miré el reloj y señalaba las ocho y cinco minutos. Ya se retrasa, me dije.

Pero nada más lejos de la realidad, allí estaba doblando la esquina conduciendo un Chevrolet 4x4 de color gris plata.

Descendió y, con el motor en marcha, colocó mis dos bolsas de viaje en el interior del portaequipajes mientras yo ocupaba la plaza de copiloto.

—¡Me alegro mucho de que haya decidido venir! No se arrepentirá de ello.

—Eso espero —le contesté. Después de 25 minutos de carretera, llegamos al aeropuerto.

—¿A qué hora sale nuestro avión?

—Ya está en la pista dispuesto a partir en este momento —contestó.

Traspasamos todas las terminales hasta llegar a una boca de salida en cuya parte superior se leía "PEDRO CORSINI y cía".

Allí, una señorita con traje azul marino nos abrió la puerta, a la vez que decía:

—Que tenga buen viaje, señora Corsini.

El asombro no me dejó hablar, frente a nosotros se hallaba un avión de dos reactores con capacidad para no menos de cincuenta personas, pero al entrar en él, vi que su interior era lo menos parecido a un avión convencional, donde en lugar de las clásicas hileras de butacas había una sala de estar de lujo. Pero el remate fue que el piloto era Rebeca.

—Póngase cómodo, enseguida despegamos.